



## ACTO QUINTO.

### ESCENA I.

DOÑA TOMASA Y D. SEVERO.

DOÑA TOMASA.

Señor vuestra desconfianza  
al desaliento os entrega,  
y os arruina porque os ciega.  
El amor ¿no os da confianza?

D. SEVERO.

El es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA.

Pres bien, si confiáis en él,  
á su culto sed más fiel,  
y no ofendáis su respeto.

D. SEVERO.

¿En qué?

DOÑA TOMASA.

Es dudar de mi afeto;  
que si yo no soy infiel  
á la fe que prometida  
os tengo, no sé lo que  
podáis temer.

D. SEVERO.

Yo lo sé  
temo mi opinión perdida  
y el grito de una ofendida  
conciencia; temo también  
el merecido desdén  
del anciano don Fermín,  
y temo á todos; que en fin,  
teme bien, quien no obra bien.

DOÑA TOMASA.

Nunca comprender pudiera  
vuestro extraño sentimiento  
si una parábola ó cuento,  
su explicación no me diera.  
Dicen, que allá en la Babiera  
cierto *quidam* se encontró  
un pendiente, y que le halló  
tan fino, terso y brillante,  
que desde luego diamante  
y buenno le pareció.  
Por su desgracia un platero  
hizo pronto conocer  
á este pobre caballero,  
que su valor era cero;  
y á pesar de su jactancia,

confesó al fin, que en sustancia  
la joya tan ponderada  
era (si Ud. no se enfada)  
sólo una piedra, y de Francia.  
En vano se desespera  
llora, se queja y maldice  
hallazgo tan infelice.  
Nunca consolado fuera  
si la fortuna no hieiera  
que á su lado reparó,  
cuando menos lo pensó  
un pequeñuelo inocente  
jugando con el pendiente  
compañero del que halló.  
¡Ola! dijo él aburrido,  
este niño se complace,  
y alegre se satisface  
con un diamante fingido:  
pues sino hubiera tenido  
por fino, terso y brillante  
á mi soñado diamante,  
también con él jugaría:  
luego la culpa fué mía,  
y no del hado inconstante.

D. SEVERO.

¡Ay Floral tenéis razón:  
ya conozco mi flaqueza.

DOÑA TOMASA.

Perdonad á mi franqueza  
hija de mi estimación.

D. SEVERO.

Agradezco la lección,  
que ingeniosa me habéis dado:  
la violencia de mi estado  
la debo á mi necio error,  
pues quise darme un valor  
demasiado exagerado.

DOÑA TOMASA.

¿Lo conocéis?

D. SEVERO.

Sí, señora.

DOÑA TOMASA.

Probadlo.

D. SEVERO.

Decid en qué?

DOÑA TOMASA.

Lo diré, y no tardaré;  
pero no puede ser ahora.

D. SEVERO.

Entonces, amable Flora,  
satisfaceros no puedo.

DOÑA TOMASA.

Tengo una especie de miedo....

D. SEVERO.

¿En qué fundáis tal engaño?

DOÑA TOMASA.

En que á vuestro desengaño  
todavía no concedo,

toda la fe que pudiera  
Quedad, Severo, con Dios.

D. SEVERO.

Qué ¿os vais?

DOÑA TOMASA,

Sí, que con vos  
mas arriesgo que debiera.

D. SEVERO.

Señora, daros quisiera  
esa prueba que pedís.

DOÑA TOMASA.

¿De buena fe lo decís?

D. SEVERO.

¿Lo dudáis?

DOÑA TOMASA.

¡Ay don Severo!  
si el desengaño es sincero  
más sabréis que presumís.

## ESCENA II.

D. SEVERO *solo.*

D. SEVERO.

Se va y me deja entregado  
á la incertidumbre fiera,  
sin que pueda mi cuidado  
verse jamás aliviado

de un mal que le desespera.  
¿Qué será lo que tendrá  
que decirme esta mujer?  
ignoro lo que será;  
mas si el tiempo lo dirá  
dejémosle, pues, correr

### ESCENA III.

COLASA *y dicho.*

COLASA.

¿D. Severo?

D. SEVERO.

¿Nicolasa?

COLASA.

Aunque vd., siempre está serio  
conmigo, yo, sin embargo,  
hace dos horas que espero  
la ocasión de hablar á solas  
con vd.

D. SEVERO.

¡Ola! ¿En qué puedo  
yo servirte?

COLASA.

No, señor,  
si la que puede aquí hacerlo  
en favor de Ud. soy yo.

D. SEVERO.

¿En mi favor?

COLASA.

Sí, por cierto.

¿Estamos solos?

D. SEVERO.

¡Dios mio, *(ap.)*  
volvemos á los misterios  
y á los tapujos! Si estamos.

COLASA.

Pues sepa vd. D. Severo,  
que aunque parezco criada,  
soy más de lo que parezco;  
pues soy el unico archivo  
donde todos los secretos  
de los Peraltas se guardan;  
soy además consejero  
nato del padre, de la hija,  
del hermano, de los deudos,  
de los amigos de casa,  
de los criados, y aun de aquellos  
que llamamos conocidos,  
porque conocemos menos.

D. SEVERO.

Pues, Colasa, en parangón  
tuyo ¿qué hace ese consejo  
de Navarra?

COLASA.

Yo no sé,

sino sólo que no miento  
ni exagero; y para prueba  
de lo dicho, decir debo  
á Ud. que también conozco  
sus pesares y secretos.  
Cabalito.

D. SEVERO.

¿Lo conoces?

COLASA.

Sí, señor, ni más ni menos:  
si no, dígalo el amor  
á Doña Flora, los celos  
de Carlos, el desafío,  
luego la casa de juego,  
la noche pasada en claro,  
el natural sentimiento  
por la prisión del amigo,  
los temores y recelos  
de que se descubra el ajo,  
y también ciertos enredos,  
como mentiras, ficciones,  
efugios y . . .

D. SEVERO.

Basta, veo  
que estás al cabo de todo  
y no es necesario . . .

COLASA.

Bueno  
era quitaros la duda,  
por si acaso.

D. SEVERO.

No la tengo,  
por cierto.

COLASA.

Pues bien, entonces  
os diré, sin más rodeos,  
que una cierta inclinación  
simpática que os profeso . . .

D. SEVERO.

¡Calla! ¿También se conoce  
en aqueste triste pueblo  
la simpatía?

COLASA.

Sí, señor.

Si cualquiera en estos tiempos  
simpatiza con cualquiera.

D. SEVERO.

Pues, hija, bendiga el cielo  
tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA.

Digo yo, que cierto afecto,  
cuya causa desconozco,  
aunque siento sus efectos,  
me determina á serviros,  
dandoos, señor, un consejo,

D. SEVERO.

Venga, pues, aunque no sea  
un gran partidario de ellos;

pues dados son arriesgados,  
y si se reciben, necios.

COLASA.

Mire Ud. lo que es el mío,  
no haya miedo que nos dañe.

D. SEVERO.

Vaya, dílo.

COLASA.

Os aconsejo  
que os quitéis la mascarilla.

D. SEVERO.

¡La mascarilla!

COLASA.

No veo  
otro camino que pueda  
salvaros.

D. SEVERO.

Ni yo comprendo  
lo que me quieres decir  
con eso.

COLASA.

¿No? pues muy presto  
lo sabréis si me escucháis:  
atención, y va de cuento.  
Entre los varios quehaceres  
que atosigan á los viejos,  
el primero y principal  
es la elección de los yernos.

Mi amo don Fermín, no sólo,  
por su mal tuvo este empeño,  
sino que quiso también  
buscar un yerno perfecto;  
y eso es, señor, imposible.  
¿No es cierto?

D. SEVERO.

Cierto, y muy cierto.

COLASA.

Cuando al fin se decidió  
por Ud. fué, por supuesto,  
convencido de que había  
encontrado aquel modelo  
de perfección que buscaba  
y ya ve Ud. si está lejos  
de haberlo hallado: ¿no digo  
bien?

D. SEVERO.

Muy bien.

COLASA.

Si sus defectos  
de vd. sus calaveradas,  
y todos sus devaneos  
se pudieran descubrir,  
no hay duda que nuestro viejo  
andana se llamaría.  
Entonces vd. perdiendo  
el engañoso barniz  
que ocultaba los remiendos,

se quedara tal cual es,  
y tal cual son entre ciento  
los noventa y nueve: entonces  
libre del pasado empeño  
pudiera vd. contratar  
con Flora otro empeño nuevo,  
y casarse, y tener hijos,  
y conseguir luego un....

D. SEVERO.

¡Fuego  
con el consejo que das!  
¿Y quieres tú que yo mesmo  
diga y confiese....?

COLASA.

¿Qué importa  
que sea Ud. ó sea un tercero  
en discordias, el que cuente  
todo? Así siempre es muy bueno  
el tomar la delantera.

D. SEVERO.

Con todo, tengo recelo;  
y después el amor propio  
padece mucho con estos  
desenlaces.

COLASA.

¡Ay, señor,  
el amor propio y los celos,  
como á los paracaídas  
los sostiene sólo el viento.

D. SEVERO.

Sí, pero yo me conozco  
y aunque estuviera año y medio,  
estoy seguro, Colasa,  
que me faltara el aliento,  
si tuviera que decir  
cara á cara....

COLASA.

¿No es sino eso?

Pues bien, corre de mi cuenta:  
yo me encargo.

D. SEVERO.

Ni por pienso,  
no quiero que me descubras.

COLASA.

Ud. lo que tiene es miedo  
y pues milagrosamente  
nuestro enemigo tenemos  
en campaña, verá Ud.  
si merezco ó no merezco  
la confianza general.

D. SEVERO.

Calla, por Dios.

ESCENA IV.

D. FERMIN *y dichos.*

D. FERMIN.

D. SEVERO,  
estoy contra Ud. lo mismo  
que si fuera ya su suegro.

D. SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

D. FERMIN.

Dígame Ud., ¿qué embelecó,  
qué enredos, qué trapisondas,  
son éstas? ¿por qué está preso  
Carlos? ¿por qué la Florita  
Hora? ¿por qué está Ud. serio,  
cabizbajo, y taciturno?  
Responda Ud.

D. SEVERO.

Yo me siento  
algo malo, y á eso atribuyo  
mi tristeza.

D. FERMIN.

¿Es del cerebro  
el mal?

COLASA.

¡Jesús! no señor,  
si es el mal del descontento,  
dolencia, que solamente

suele cebarse en aquellos  
que han estado más robustos,  
porque los encuentra menos  
hechos á padecer.

D. FERMIN.

Dime,  
Colasa, y ¿qué sabes de eso?

COLASA.

Conque ¿no lo se? Pues vaya,  
preguntadle á D. Severo,  
sino es cierto que padece  
una zozobra, un interno  
disgusto, una comezón  
á manera de recelos,  
y sobre todo, señor,  
un peso en la frente, un peso . . .

D. FERMIN.

Ese es mal de novios

COLASA.

Suele  
también muchas veces serlo:  
pero aquí no es mal de novios,  
que es sólo . . .

D. FERMIN.

¿Qué?

COLASA.

Descontento  
de sí mismo, precisión



de hablar con Ud., gran miedo  
de que se enfade, y por fin,  
indigestión de un secreto  
que necesita salir,  
y no puede.

D. FERMIN.

¿Es esto cierto? (á Sev.)

D. SEVERO.

Nicolasa se chancea,  
y su genio placentero  
quiere sin duda á mi costa....

COLASA.

No, señor, no me chanceo:  
Ud. tiene un secretazo....

D. SEVERO.

Nicolasa.....

COLASA.

Yo no entiendo  
de señas: harto he callado,  
y si ahora no hablo, reviento

D. SEVERO.

Pues mejor será que yo  
me retire. Hoy es correo  
precisamente y dos cartas  
tengo que escribir.

COLASA.

No quiero  
que tales cartas se escriban

hasta salir del aprieto  
consabido. Venga Ud.  
acá, señor don Severo,  
y diga al que en infusión  
está para ser su suegro,  
cómo ha pasado la noche;  
no en su casa ni al sereno  
sino en casa de la Pepa  
la mujer del estanquero.

D. FERMIN.

¿Fumando?

COLASA.

No tal, jugando  
y perdiendo su dinero,  
y aun el vuestro de Tafalla.

D. FERMIN.

¿Y qué más?

COLASA.

Que si fué al juego.  
fué sólo por disimulo;  
pues estuvo antes riñendo  
con Carlos.

D. FERMIN.

¿Con Carlos!

COLASA.

Sí;

por unos ciertos requiebros  
dichos á doña Florita.

D. FERMIN.

¡Qué! ¡También ésa!

COLASA.

Y no fueron,  
por parte del señorito,  
infundados estos celos  
que el señor gusta de Flora  
y Flora no gusta menos  
del señor. ¡Ay!... Ya salimos  
del apuro.

D. FERMIN.

¡Qué oigo, cielos!  
Digame Ud., señor mio,  
si dar entera fe puedo  
á lo que dice Colasa.

D. SEVERO.

Señor hay ciertos momentos  
en que....

D. FERMIN.

No quiero disculpas:  
bien sé que no hay hombre cuerdo  
á caballo, y por lo tanto,  
sin dilación ni rodeos,  
sólo exijo una respuesta  
categórica.

D. SEVERO.

No encuentro  
qué decir.

D. FERMIN.

Vamos, ¿sí ó no?

D. SEVERO.

Pues, señor, yo lo confieso:  
es verdad cuanto ella dijo.

D. FERMIN.

¿Cierto?

D. SEVERO.

Cierto.

D. FERMIN.

Eso supuesto,  
dame los brazos y aprieta,  
que estoy loco de contento.

D. SEVERO.

¿Qué es esto?

D. FERMIN.

¡Válgame Dios,  
qué fortuna!

D. SEVERO.

¿Estoy durmiendo?

D. FERMIN.

¿Un yerno amable, sensible  
y enamorado en extremo;  
un yerno pndonoroso  
y nada cobarde; un yerno  
amigo de diversiones,  
de trasnoches y de juegos?

¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,  
teniendo un yerno perfecto  
ser mártir de su virtud,  
hallarme uno, de quien puedo  
murmurar, quien sabrá darme  
á cada instante pretextos  
para reñirle, y quejarme  
á los vecinos y deudos?  
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!  
Ahora sí que seré suegro  
en forma, sin menoscabo  
de mi clase y privilegios.  
Mas ¿qué es lo que me detiene?  
¿por qué no marchó corriendo  
á buscar un escribano  
y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Que los case! ¿Quién con quién?

D. FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:  
¡buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

D. FERMIN.

Que se vaya á los infiernos.  
Adiós, adiós, yerno mío,  
ten paciencia! pronto vuelvo.

D. SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,  
escuchadme.

D. FERMIN.

Ya no hay tiempo,  
pero cuando estés casado  
te escucharé como un muerto.

## ESCENA V.

D. SEVERO Y COLASA.

D. SEVERO.

Ahora bien, Colasa:  
¿qué podrás decir  
de tal aventura?

COLASA.

Callar y reír.

D. SEVERO.

¿Reír?

COLASA.

Sí por cierto.

D. SEVERO.

¿Te burlas de mí?

COLASA.

No tal; pero ¿cómo  
podré resistir  
el flujo de risa  
cuando D. Fermín  
en vez de enfadarse,  
te casa?

D. SEVERO.

Y por tí,  
por tí sólo ha sido.

COLASA.

¿Y quién presumir  
pudiera este lance?  
Mas, en fin, decid,  
¿os casáis?

D. SEVERO.

¿Y cómo  
lo puedo eludir?

COLASA.

Pronunciando un *no*  
en lugar de un *sí*.

D. SEVERO.

¡Qué extraño suceso!

COLASA.

De un viejo mastín  
es el tragadero  
puerta de toril.

D. SEVERO.

Colasa ¿qué haremos?

COLASA.

Fuerza es discurrir  
un medio.

D. SEVERO.

¿Y qué medio

COLASA.

¡Queréis por San Gil!  
que os dé otro consejo?

D. SEVERO.

Vaya por Dios. Dí.

COLASA.

Quien es tan cobarde  
que teme sufrir,  
no busque en los otros  
lo que no halla en sí;  
que el valor ajeno  
no puede servir  
en daño tan propio  
como el suyo; así  
sufra su quebranto  
ó aprenda á vivir.

## ESCENA VI.

DOÑA TOMASA y *dichos*.

DOÑA TOMASA.

Severo, Colasa,  
¡ay triste de mí!  
perdidos estamos.

D. SEVERO.

¿Qué sucede? dí.

COLASA.

¿Qué es esto, señora?

Doña TOMASA.

¡Ay, que entrar yo ví  
al señor D. Pedrol

COLASA.

¿Solo?

Doña TOMASA.

Un ministril  
enjambre le sigue;  
y vienen por tí,  
sin duda, Severo.

D. SEVERO.

Dejadlos subir,  
que nunca he temido  
la cárcel por sí,  
sino porque pude  
antes delinquir,

### ESCENA VII.

D. PEDRO *y dichos.*

D. PEDRO.

Señor D. Severo,  
¿prometéis decir  
verdad?

D. SEVERO.

Jamás supe  
qué cosa es mentir.

D. PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos

hubo de reñir  
ayer por la noche?

D. SEVERO.

Sí, señor, yo fuí.

D. PEDRO.

¿Qué puede excusaros?

D. SEVERO.

Ser hombre, y que en mí  
se hallen las flaquezas  
que en los otros ví.

D. PEDRO.

Pues debo prenderos,

D. SEVERO.

Prended y cumplid  
como juez, que yo  
como hombre cumplí.

D. PEDRO.

Aguaciles, ola,  
al punto venid.

### ESCENA ULTIMA.

D. FERMIN, D. CARLOS, *y dichos.*

D. CARLOS.

Aquí está un cuñado

D. FERMIN.

Y un suegro está aquí.

COLASA.

Dos son sólo, y sobra  
más de un alguacil  
para sujetar  
aunque fuera al Cid.

D. SEVERO.

Pero señores, ¿qué es esto?  
¡Qué dichosa novedad!  
¿Carlos puesto en libertad  
tan impensado, tan presto?  
Todos callan: ¡lindo afán!  
¿No se me quiere decir  
de dónde pudo venir  
tanta dicha? . . . y ¿dónde están  
los alguaciles, que preso  
debieron ponerme ahora?  
Dílo, Carlos; hablad, Flora,  
ó ¿queréis que pierda el seso?  
De una duda tan cruel  
Evitadme los temores.

D. FERMIN.

Y ¿quién le pone, señores,  
A este gato el cascabel?  
¿quién le dice la verdad?

D. PEDRO.

A vos os toca.

D. FERMIN.

A mí no,

D. CARLOS.

Yo no lo digo.

COLASA.

Ni yo.

[D. FERMIN.

D. Pedro, hablad.

D. CARLOS.

Padre hablad.

D. FERMIN.

Habla tú.

D. CARLOS.

¿Quién esto vió?

Los hijos deben callar.

D. SEVERO.

Conque ¿nadie quiere hablar?

DOÑA TOMASA.

Si no quieren lo haré yo.  
Ignoro si me asegura  
mi sexo la impunidad;  
pero sabed la verdad  
aunque arriesgue mi ventura.  
Señor D Severo, si  
de alguno os podéis quejar,  
no tenéis que titubear,  
pues debe de ser de mí.  
Y en prueba, deciros quiero,  
aunque á Flora hayáis querido,

que Flora es nombre fingido,  
y Tomasa el verdadero.

D. SEVERO.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA.

Si señor, de mala gana.

D. SEVERO.

¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA.

No tiene otra hermana en casa.

D. SEVERO.

Luego ha sido fingimiento  
su pasión, vuestro desvío,  
Sus celos y el desafío.

DOÑA TOMASA.

No hay duda: todo fué cuento.

D. SEVERO.

¿Y qué causa provocó  
tal enredo?

DOÑA TOMASA.

Vuestra fama.

D. SEVERO.

¿Mi fama?

DOÑA TOMASA.

Si que una dama  
siempre un marido temió  
con la rara cualidad

de perfecto en demasia,  
que un necio sólo confía  
en la ajena necesidad.

D. SEVERO.

Luego quisisteis que yo  
desatinos cometiera.

DOÑA TOMASA.

Y quisimos bien, pues era  
el camino que se halló  
para haceros conocer  
el valor de la indulgencia.

D. SEVERO.

¡Tan bella y con tal prudencia!

DOÑA TOMASA.

Siempre es bueno preveer.

D. SEVERO.

La lección es harto dura.

DOÑA TOMASA.

¿Cuándo es blanda una lección?

D. SEVERO.

¿Quién á tal conjuración  
resistiera? la hermosura,  
la amistad y la experiencia  
se reunieron en mi daño;  
por lo mismo no es extraño  
sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA.

Aquestas conjuraciones

sólo os pueden enseñar:  
temed las que han de formar  
muy pronto vuestras pasiones  
Estas son, sin duda alguna,  
las que más debéis temer,  
y si las lográis vencer,  
benedicid vuestra fortuna;  
sin que por eso, señor,  
insultéis al que es vencido,  
pues él hubiera querido  
ser, como vos, vencedor.

D. SEVERO.

Conozco, señora mía,  
Vuestra razón, y la aprecio  
de tal modo, que en desprecio  
de mi orgullo, quiero un día  
ser de todos conocido  
por tolerante y prudente,  
que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA.

¡De veras!

D. SEVERO.

Nunca he mentado.

DOÑA TOMASA.

Entonces ésta es mi mano,  
si ss que mi padre lo aprueba,

D. FERMIN.

Dios os bendiga y os llueva  
más hijos que en el verano

hay chinchas. Pero, Severo,  
no olvides esta lección,  
que siempre los buenos son  
á perdonar los primeros.

D. SEVERO.

¿Olvidar esta lección?  
¡Jesús, señor, qué demencial  
y en prueba de mi indulgencia  
obtendréis vuestro perdón.

D. FERMIN.

¿Qué dices? ¡oh qué delirio!  
¡perdón yo! ¿de qué ó por qué?

D. SEVERO.

Porque vuestra casa fué  
donde he sufrido el martirio  
de una burla asaz pesada,  
siendo los actores de ella  
un anciano, una doncella  
con ínfulas de casada,  
un juez, y en fin, un amigo  
á quien conocí en su infancia;  
confesad, pues, que en sustancia  
os excedisteis conmigo;  
y pues por distintos modos  
todos, D. Fermín, lo erramos,  
bueno será que pidamos  
INDULGENCIA PARA TODOS.